

# LA PROSA DEL SUPERVIVIENTE

Gilda Waldman M.

- Primo Levi. *Si esto es un hombre*. México. Oceáno, 1998
- *La tregua*. México. Oceáno, 1998
- *Hundidos y salvados*. Barcelona. Muchnick Editores, 1989
- *Conversaciones y entrevistas*. Barcelona Península, 1998

A los 24 años, tras una denuncia hecha por un traidor del grupo de partisanos al que pertenecía, el químico judío-italiano Primo Levi fue arrestado por la milicia fascista e internado en un campo de tránsito para ser, posteriormente, deportado al campo de trabajo y exterminio de Auschwitz, donde trabajó virtualmente como esclavo en una planta industrial que fabricaba goma sintética. Su formación de químico y su relativo conocimiento del idioma alemán le salvaron la vida, y una enfermedad fortuita en enero de 1945 evitó que fuera evacuado del campo de exterminio y llevado en una marcha macabra al oeste, escapando de los avances del ejército rojo en los momentos finales del descalabro nazi. Liberado por las tropas rusas, comenzó un tortuoso viaje a través de Polonia, Bielorrusia, Ucrania, Rumania y Hungría hasta llegar a Turín, donde pronto reemprendió su profesión de químico. Muchos años después, el 11 de abril de 1987, Primo Levi se suicidaba arrojándose por el hueco de la escalera de su casa, la misma donde había nacido y a la que había vuelto después de pasar por el infierno.

Recién regresado a Turín, impulsado por una pasión maniaca por relatar lo que había vivido y comprender lo que había sucedido, comienza su primer libro, *Si esto es un hombre*. Nació, gracias a Auschwitz, y sin él haberlo buscado anteriormente, un escritor. *Si esto es un hombre*, libro nacido directamente de la memoria, describe la vergüenza de ser hombre con que aquel encierro le marcaría para siempre: vergüenza de lo que había visto, de lo que el ser humano había hecho. Publicado casi clandestinamente por un pequeño editor en 1947, el libro pasó inadvertido:

en aquel tiempo, inclusive quienes habían combatido el fascismo y el nazismo no estaban dispuestos a escuchar el testimonio de un sobreviviente de Auschwitz. En 1963, Levi publicaba *La tregua*, libro en el que narra los pormenores de su periplo por la Europa de la posguerra hasta su regreso a Turín. El reconocimiento literario a *La tregua* llevó la atención pública a su libro previo, y su carrera literaria comenzó a emerger. Ello lo impulsó a seguir escribiendo (*Si no es ahora ¿cuándo?*, *El sistema periódico*, *La llave estrella*, etc.), convirtiéndolo en un escritor prestigioso. Pero, casi a finales de su vida, lo persiguió la necesidad de volver sobre sus recuerdos de Auschwitz una vez más y escribió un último texto, en 1986: *Los hundidos y los salvados*, ensayo reflexivo sobre la experiencia de los campos de exterminio.

Químico y escritor, testigo y actor, judío e italiano, en Primo Levi la biografía se entreteje con la literatura. Auschwitz, que colocó a su judaísmo en el centro de su ser, fue el gran marco sombrío de su creación literaria. Su obra es un impresionante testimonio que exorciza la memoria y lucha contra el olvido y la falsificación de la verdad. Primo Levi escribe para mantener viva la memoria -como aviso lacerante- para contradecir la cínica advertencia que los SS hacían a sus presos: “ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar, el mundo no le creería...” Impulsado tanto por el imperativo de refutar esta aseveración como por la necesidad de liberarse a través de la escritura de los recuerdos de Auschwitz, Primo Levi escribe para refutar la afirmación de Walter Benjamin según la cual los hombres vuelven mudos del horror, sin nada que contar. Primo Levi escribe para que pueda ser leído lo que ha visto, para hacer de ello palabra memorable, como testigo y no como juez: que los lectores juzguen. Pero: ¿cómo contar aquello que pertenece a la intimidad abismal de la vida inenarrable? ¿qué nexos establecer entre los hechos ficcionales y la ficción factual? ¿qué encuentros pueden existir entre la verdad real y la verdad imaginada? Primo Levi reconoce la difícil relación entre la narración y la realidad, pero sabe que es la calidad de la página escrita lo que hace más verosímil y convincente su relato. Sabe que para que la verdad sea verosímil hace falta cierto artificio, ponerle orden, depurarla. Si bien su testimonio es absolutamente cercano a los hechos, es necesario que los sucesos pasen por el filtro literario para que lleguen nítidos al lector. Es necesario, pero preciso, encontrar el equilibrio de lo verosímil y lo verdadero. Levi no describe los horrores

de los que había sido testigo para hacer creíble su testimonio, sino que deja un espacio entre éstos y el tono literario que los describe. Aun sabiendo que la verdad literaria no es estrictamente la verdad histórica, las preguntas implícitas que se hace Levi son: ¿Cómo escribir desde el punto de no retorno que fue Auschwitz? ¿Cómo escribir desde los círculos concéntricos de una experiencia-límite?

Tal como el químico describe el mundo como es, Levi escribe lo que ha visto y vivido. Lenguaje esencial, claridad textual (que no implica simplificación), rigurosidad y concisión en la prosa, desnudez en el testimonio, renuncia a explicar lo que está más allá de toda explicación, escritura-palabra que busca rescatar la verdad de una experiencia humana colocada en el límite entre la vida y la muerte son algunos de los rasgos esenciales de la creación de Primo Levi. Sus libros le dicen al lector estrictamente los que debe saber: ello que le da a sus textos una enorme fuerza.

Pascal escribía:

Imagínese un número de hombres encadenados y condenados todos a muerte, varios de los cuales son degollados cada día a la vista de los otros, quienes ven su propia condición en la de sus semejantes y mirándose unos a otros con dolor y sin esperanza, aguardan su turno. Esta es la imagen de la condición de los hombres.

Primo Levi no tuvo la necesidad de imaginárselo: lo ha visto y lo ha vivido: esa zona gris de la falta de solidaridad entre los presos, la cruel complicidad de los *kapos*, el silencio de todos cuantos no quisieron saber lo que estaba ocurriendo. Reconstruyendo puntualmente cómo se vivía, trabajaba y se moría en Auschwitz, Levi escribe *Si esto es un hombre* desde la fascinación más negra y gélida: aquella que exige hacer inteligibles los signos del infierno. Levi ha sido presa de ese horror exacto durante demasiado tiempo, y escribe con la grandeza austera que tiene siempre la prosa del superviviente. *La tregua*, escrito 14 años después, es un libro más elaborado literariamente. Ya no trata estrictamente de la experiencia de Auschwitz, sino del periodo que media entre la experiencia y la memoria de este lugar. Obra irónica y poética de la odisea que significó la liberación y el regreso a casa, éste es el libro de la convalecencia de Auschwitz, cuando los sufrimientos

son compensados por el encanto de la aventura que viven un grupo de italianos empeñados en la supervivencia después de conocer el infierno en la tierra. Sin embargo, a pesar del retrato picaresco e irónico de los personajes y las situaciones, un sueño recurrente atrapa al escritor: está otra vez en Auschwitz y escucha, brutal, la primera orden del día :¡a levantarse!

Al convertir su experiencia en texto, Levi demuestra que ha sobrevivido a la Solución Final. Al escribir, evidencia que existe. Aunque sepa que sus palabras no son en sí mismas prueba del Holocausto, sabe que lo que aconteció toma forma con su palabra literaria. Sin embargo, lo acosa la culpa por la supervivencia. ¿Por qué él, y no otros, salieron por las puertas de Auschwitz y no por las chimeneas? ¿Hizo acaso compromisos que los otros no hicieron? *Los hundidos y los salvados*, su último libro, responde a una necesidad final de poner orden en un mundo caótico, de explicarse a sí mismo y a los demás. Afirma Levi: los supervivientes lo son por excepción, porque el destino en el campo era morir. Para los supervivientes la muerte ocurrió en Auschwitz. Después, no existe continuidad. El superviviente está condenado a vivir con la memoria de lo ocurrido. La supervivencia es también una sentencia de muerte.

La oralidad tuvo siempre en Primo Levi un papel central, definiendo incluso su vocación de escritor. La oralidad, que se remonta a los cuentistas populares, llegó a tener en él una urgencia casi física. En su libro *Si esto es un hombre*, escribe:

Era tan fuerte en nosotros la necesidad de contar, que empecé a escribir el libro allí, en aquel laboratorio alemán, lleno de hielo, de guerra y de miradas indiscretas, aun sabiendo que de ninguna manera habría podido conservar aquellos apuntes garabateados lo mejor que podía, porque si me los hubieran encontrado encima, me habría costado la vida. Pero escribí el libro apenas regresé, en unos pocos meses: hasta tal punto esos recuerdos me quemaban por dentro.

En vida, Primo Levi concedió innumerables entrevistas, como parte de su pródiga y característica oralidad y como una manera de prolongar el arte de contar. Ordenado por temas (vida, libros, literatura, campos

de exterminio, judaísmo o Estado de Israel), el volumen titulado *Primo Levi, entrevistas y conversaciones* -de un interés indudable por la inteligencia, rapidez y precisión con que Levi aborda cada cuestión planteada- recoge una variedad de entrevistas, sobre todo realizadas por periodistas italianos, aunque también incluye otras, como una excepcional, publicada en *The New York Book Review* firmada por Philip Roth.

Al final de su vida, Levi se sumerge en sus memorias, no para testimoniar, sino para interrogar. Había sobrevivido, pero sabiendo que después de Auschwitz no había ya punto de retorno ni redención: los científicos responsables del horror habían sido reclutados por las grandes potencias en vísperas de una guerra fría que acabaría por borrar toda huella; de los cien mil verdugos que fueron necesarios para el exterminio de 11 millones de personas, sólo 600 fueron ajusticiados; el resto se diluyó en la marca de la posguerra, sentando las bases de la Europa futura. Primo Levi, símbolo de la voluntad de vivir, quien había afirmado que apenas hubo evasiones ni suicidios en Auschwitz porque no había fuerzas para ello, y que había reiterado siempre que "allí" se trataba de resistir sobreviviendo, encontró finalmente la ocasión para fugarse. Un día -deprimido, pesimista y amargado por el incremento de las tesis revisionistas que niegan la existencia de los hornos crematorios- los recuerdos lo arrojaron al vacío. ¿Por qué, 40 años después, sus recuerdos habían dejado de ser una riqueza? ¿Por qué le había resultado de repente imposible asumir la atrocidad de sus recuerdos? Jorge Semprún, en su espléndido libro *La escritura o la vida*, responde: "Por última vez, sin recurso ni remedio, la angustia se había impuesto, sencillamente". El 11 de abril de 1987 se suicidaba uno de los autores italianos contemporáneos más importantes y, al mismo tiempo, uno de los escritores fundamentales del Holocausto. Su lectura, hoy, resulta imprescindible.